

# CONSECUENCIAS DE LA GRAN GUERRA MUNDIAL EN EL ABANICO POLÍTICO ESPAÑOL

JOSÉ LUIS ORELLA  
Universidad CEU San Pablo  
jlorella@ceu.es

**RESUMEN:** La Primera Guerra Mundial trastocó el panorama político español, del mismo modo que el europeo. Pero el español estaba herido desde la crisis del 98. Por esta causa, los partidos del régimen no pudieron aguantar, y nuevas fuerzas surgieron para canalizar las nuevas ansias de la sociedad española. Tanto a la izquierda, como a la derecha, aparecieron nuevos grupos con pretensión de movilizar masas. Al mismo tiempo, los nacionalismos rupturistas adoptaron modelos modernos de política para representar a unas poblaciones urbanas que idealizaban el campo, como excusa para romper España.

**PALABRAS CLAVE:** Catolicismo social – socialismo – anarquismo – nacionalismo vasco – nacionalismo catalán – carlismo

**ABSTRACT:** World War I disrupted the Spanish political landscape, just as the European. But Spanish was wounded since the crisis of '98. For this reason, the parties of the regime could not withstand, and new forces emerged to channel the new anxieties of the Spanish society. Both the left and right, were new groups that claim to mobilize masses. At the same time, the breakthrough modern nationalism adopted policy models to represent idealized urban populations around the country, as an excuse to break Spain.

**KEYWORDS:** Social Catholicism – socialism – anarchism – Basque nationalism – Catalan nationalism – carlism

---

*José Luis Orella es Ex-Director del Departamento de Historia y Pensamiento de la Universidad San Pablo-CEU, Doctor de Historia Contemporánea por la Universidad de Deusto, presidente del Foro Arbil, portavoz del Foro el Salvador. Profesor agregado de Historia de la Universidad San Pablo CEU. Entre sus títulos figuran Los otros vascos, La tregua de ETA, Víctor Pradera: un católico en la vida pública de principios de siglo, Retratos de la Guerra de la Independencia, La formación del Estado nacional e Historia breve de Guipúzcoa.*

La Primera Guerra Mundial significó un cambio de época que transformó todas las coordenadas políticas y sociales en las que vivían los europeos de entonces. La generación del frente volvió a sus hogares rigiéndose por unos valores diferentes a los de su partida. Los excombatientes eran hombres nuevos y buscaron transformar la sociedad a unos nuevos conceptos de convivencia. El torbellino de la guerra limó las particularidades políticas de los distintos países creando un ambiente favorable para una paz definitiva, gestionada desde la Sociedad de Naciones.

Al mismo tiempo, el triunfo bolchevique en Rusia alentó el creciente aumento de la izquierda marxista en los sectores obreros e intelectuales de la burguesía progresista. Las experiencias de los espartaquistas en Alemania y de Béla Kun en Hungría extendieron el clima revolucionario por Europa. A su vez, sus actuaciones causaron el miedo en amplios sectores sociales, que decidieron aliarse en puntos fundamentales abandonando las diferencias accidentales. La religión, la familia, la propiedad y el orden social eran para las clases medias emergentes los cimientos de la civilización occidental que había que preservar a toda costa.

La nueva situación política creada por la aparición de los movimientos radicales de izquierda creaba a su vez un miedo que favorecía el clima de entendimiento entre los defensores del orden social. La izquierda marxista no buscaba la aceptación de algunos proyectos en una posible reforma. La alternativa socialista era revolucionaria y propugnaba la sustitución del sistema por la total transformación de los valores imperantes en la sociedad.

Pero el fracaso de una alternativa liberal ante el peligro revolucionario traerá su propia respuesta preñada en las trincheras de la Guerra Mundial, el fascismo italiano. Los catorce puntos de Wilson también serán fundamentales para cambiar la situación política existente. El apoyo del presidente norteamericano a la autodeterminación de los pueblos pertenecientes a los imperios de la Europa oriental (Austria-Hungría, Turquía y Rusia), animará a los diferentes nacionalismos periféricos de Europa occidental a relanzar sus propuestas reivindicativas en un clima de clara ruptura y de afirmación identitaria. Los mimbres del futuro conflicto empezaban a formarse.

España, aunque fuese un país neutral durante la guerra, tendrá una sociedad dividida entre germanófilos y aliadófilos. Será una nación que disfrute de los beneficios del comercio con los bandos beligerantes y nuestra oligarquía se enriquecerá con los beneficios adquiridos de la exportación de materias minerales y hortofrutícolas en nuestra propia flota mercante. Sin embargo, estos beneficios no llegarán a la sociedad española y el virus revolucionario, los movimientos nacionalistas y el cansancio de unas clases medias sin participación en el gobierno del país demandarán un protagonismo dinámico en un régimen restauracionista agotado y agóni-

co<sup>1</sup>. Incluso los católicos ofertarán una tercera vía ante el socialismo y el liberalismo, proporcionando una representación a todos los grupos sociales y económicos a través del sistema corporativista. La Primera Guerra Mundial había provocado el fin de una concepción del mundo nacida en la revolución francesa, y surgía otra donde el ciudadano anónimo tendría el protagonismo que el Estado liberal le había negado hasta entonces<sup>2</sup>. Las nuevas fuerzas surgidas representarían una gran pluralidad de matices.

## INTRODUCCIÓN VIENTOS DE RUPTURA. EL NACIONALISMO VASCO

El desastre del 98 ya había revitalizado las fuerzas centrífugas de las regiones periféricas, que veían en la derrota nacional la oportunidad de desenganchar sus desarrolladas comunidades de una España en el tramo final de la decadencia.

Sin embargo, el nacionalismo vasco venía de una crisis anterior a la del 98. A mediados del siglo XIX, la enrevesada crisis social del País Vasco, interpretada en clave de identidad, fue la mejor tarjeta de presentación que facilitó la calurosa acogida que el Romanticismo y sus emociones recibieron aquí. La derrota militar del carlismo fue traducida como propia por muchos vascos y la paulatina pérdida de consistencia de los fueros, rematada con su abolición definitiva, daría entrada a uno de los periodos más cambiantes de la historia de la región, que se volvería con sobresalto e inquietud en busca de las señas de identidad que siempre permanecen en el fondo de un pasado mítico<sup>3</sup>.

El nacionalismo vasco fue concebido entre delirios románticos y pseudoteorías de raza, pueblo y lengua, con la huella inequívoca, arcaica y reaccionaria del movimiento que lo inspiró. En la cabeza de Sabino Arana, ese combinado estallaría cuajando en una ideología política agónica que arrancaba del mito de la nación vasca y buscaba un lugar en solitario bajo el sol, para los hijos de una raza no contaminada por sus vecinos<sup>4</sup>.

Sin embargo, a las puertas del nuevo siglo todo empezaba a ser diferente en un País Vasco cada día más poblado y rico. Un mundo de iniciativas, ideas y

---

1 Para una visión económica de la España de entonces, en G. TORTELLA, *Los orígenes del capitalismo en España*, Madrid: Tecnos, 1994; P. FRAILE, *Industrialización y grupos de presión*, Madrid: Alianza, 1991; J. NADAL, *Pautas regionales de la industria española*, Barcelona: Ariel, 1990.

2 Para una visión de cómo afectó el cambio en una mente liberal, e intentó prever sus consecuencias, en J. ORTEGA y GASSET, *La rebelión de las masas*, Madrid: Espasa Calpe, 2005. Para la distinción entre comunidad y sociedad que marcará el camino ascendente de los corporativismos, en F. TÖNNIES, *Comunidad y sociedad*, Barcelona: Península, 1979.

3 J.C. LARRONDE, *El nacionalismo vasco. Su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana*, San Sebastián: Ediciones vascas, 1973; J. CORCUERA, *La patria de los vascos*, Madrid: Taurus, 2001; F. GARCÍA DE CORTÁZAR, *Historia del nacionalismo vasco*, Madrid: Historia16, 1991, p. 14.

4 De forma atrayente, se describe el fenómeno, en JUARISTI, J. *El bucle melancólico*, Espasa Calpe, Madrid, 1997. Y del mismo autor, sobre la invención del mito nacionalista, falsificando la historia real, en *El linaje de aitor*, Taurus, Madrid, 1987.

proyectos mercantiles dieron su carácter a Bilbao, que la convirtieron en una fenicia industrial. La villa se expandió buscando por su ría la salida comercial al mar, construyendo atraques en los desembarcaderos de mineral y en las mismas puertas de las fábricas siderúrgicas. Pronto la industrialización dejará arrumbados los modos de vida tradicionales y la imaginería romántica y aldeana, al tiempo que una sociedad nueva más heterogénea y plural convertía en puro anacronismo cualquier apañó ideológico que pretendiera parar el reloj de la historia.

La vertiginosa industrialización trajo una marejada política en la que flotaron los restos del antiguo fuerismo, la frustración carlista y un acentuado rechazo a las formas modernas de explotación económica. La presencia en Vizcaya de un tropel de emigrantes, causará una sacudida social que hará mella en el creador del nacionalismo vasco bajo la forma de crisis de identidad. La conmoción social se sumó entonces a la crisis política añadiendo un carácter xenófobo y racista al nacionalismo vasco.

Su fundador, Sabino Arana, pasó una temporada en la cárcel después de haber felicitado al presidente Roosevelt por la conquista de Cuba. El desastre del 98 apuntaló al nacionalismo en sus afirmaciones centrífugas aprovechando la decadencia del país. Sin embargo, en 1902 recreará una Liga Vasca Española que defendiese la personalidad regional vasca dentro de España, todo un cambio que sus seguidores procurarán ocultar y olvidar.

La aparición del nacionalismo vasco coincide con la crisis finisecular, incardinada con la pérdida de los restos ultramarinos, provocada por la derrota española ante los Estados Unidos. En esa hora del hundimiento colectivo, distintos teóricos de la decadencia española elevaron la voz por encima del heroico casticismo inoperante para empezar a exigir la necesaria regeneración nacional. Aquella España absurda que, como denunciaba Pío Baroja, vivía en un ambiente optimista con la ilusión de un país pobre y aislado, no podía ofrecer un futuro prometedor.

Si la Restauración fue providencial para romper el nudo de las sucesivas guerras civiles, también favoreció los intereses industriales vascos con un fuerte proteccionismo. Pero el sistema político y electoral estaba basado en un equilibrio centrado en la corrupción, protagonizada por una oligarquía caciquil que alimentaba la desmovilización y apatía generales<sup>5</sup>.

Con la llegada del siglo XX, la vieja política de los partidos conservador y liberal sólo servía para proteger a la Corona y mostrar las carencias democráticas del edificio institucional. La marea regeneracionista con su denuncia del artificio del sistema y su falta de representatividad estaba señalando el camino a seguir: la nueva política debería conectar con aspiraciones populares, buscando apoyos y anclajes en la ciudadanía. En su pretensión de hablar en nombre de

---

5 F. GARCÍA DE CORTÁZAR, *Historia del nacionalismo vasco*, op. cit., p. 45.

todos los vascos, como ocurre con cualquier movimiento nacionalista, los sucesores de Sabino Arana proyectaron una política de masas, aun cuando en un principio no dispusiesen de ellas.

Por ello, en el haber del Partido Nacionalista Vasco se podrá contabilizar la movilización política de amplios sectores de la población vasca a través de cauces electorales, junto con una progresiva educación cívica que trabajará por desarraigar el caciquismo e implantar la democracia en la vida local. En esta línea los nacionalistas vascos pronto se destacarán por su filosofía municipalista, que contribuirá, con el concurso de otras fuerzas, a hacer que las corporaciones locales se acrediten como auténticamente representativas de la voluntad popular. Aunque el nacionalismo vasco iba a sufrir un cambio de rumbo radical con la incorporación de Ramón de la Sota, miembro de la gran burguesía y procedente del fuerismo liberal.

Sota se sacudió el ruralismo campesino y se puso al frente de la aventura industrializadora, sin abjurar de su religión nacionalista. De esta forma, la confluencia de intereses industriales, navieros y financieros con la reivindicación étnica y cultural del vasquismo de Arana tuvo como consecuencia la aparición de una suerte de nacionalismo sensato, que pronto abrazó amplios sectores de las clases medias de pequeños burgueses de la zona bilbaína.

Fruto de esta política de acuerdo y entendimiento con el poder central, los nacionalistas fueron recompensados con la designación, en 1907, de uno de los suyos, Gregorio Ibarreche, como alcalde de Bilbao. En 1910, se sumaron a los carlistas e integristas en las movilizaciones contra “la ley del candado” de José Canalejas, pero un grupo laicista y liberal se escindió bajo el nombre de *Askatasuna*. En 1911, los nacionalistas fundaron Solidaridad de Trabajadores Vascos para evitar el “contagio” socialista al proletariado vasco<sup>6</sup>.

Poco después, la no beligerancia en la gran guerra repercutirá en una creciente prosperidad para la oligarquía vasca. Al monto de la demanda provocada por la contienda se añadirán los efectos de la política proteccionista, el acelerón industrial, la repatriación de capitales, la demanda financiera del Estado, las exportaciones de minerales y el espléndido ciclo de negocios navieros. La euforia produjo un furor autonomista que convulsionó a las fuerzas vivas de la sociedad vasca que no estaban por la labor de compartir los harapos de una España pobre con la enriquecida periferia<sup>7</sup>.

En plena guerra mundial, en junio de 1916, los nacionalistas participaron en Lausana en un congreso organizado por la Unión de Nacionalidades, y allí

---

<sup>6</sup> Para una visión antinacionalista de la política restauracionista de la provincia, en J. IBARRA, *Política Nacional en Vizcaya*, Madrid: Ed. Nacional, 1948. Para los diferentes grupos de poder, desde un punto de vista académico, en J. REAL, *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1991.

<sup>7</sup> F. GARCÍA DE CORTÁZAR, *Historia del nacionalismo vasco*, op. cit., p. 50.

oyeron lo que deseaban escuchar. Una avanzadilla del derecho de autodeterminación para aquellas comunidades que se considerasen naciones en virtud de factores biológicos, geográficos o históricos.

Pero la gran hora del nacionalismo posibilista llegará en 1918, animados por los resultados municipales, y con el apoyo del alcalde de Bilbao y del presidente de la diputación de Vizcaya se presentaron a los comicios generales. Su lenguaje fue el del populismo honesto que se enfrentaba al caciquismo oligarca. Sin embargo, el apoyo nacionalista estaba en la clase media y la oligarquía naviera librecambista de los Sota. La victoria en cinco de los seis distritos vizcaínos fue su mayor hazaña, en el distrito de Bilbao, la elección del socialista Indalecio Prieto salvo el pluralismo político vizcaíno. Sin embargo, los nacionalistas en Guipúzcoa únicamente consiguieron un escaño, y en Navarra otro, gracias a la conjunción con carlistas y mauristas. El nacionalismo vasco era un fenómeno *bizkaitarra* y moderno.

En el parlamento nacional, el diputado liberal Gregorio Balparda intentó demostrar la ilegitimidad de la elección de Ramón de la Sota por el apoyo fraudulento de su hijo, presidente de la diputación<sup>8</sup>. En esta ocasión los diferentes sectores españolistas del abanico vasco, representados por el carlista Pradera y el socialista Prieto, coincidieron en sus críticas con el liberal progresista Balparda. Incluso se pidió que se le retirase a Ramón de la Sota el derecho a ser diputado, por haberse considerado extranjero ante las cortes españolas. No obstante, el diputado *Jelkide* disfrutó de su escaño y de su título de *sir*, concedido por su graciosa majestad británica, gracias al apoyo concedido por su naviera a la Gran Bretaña durante el conflicto mundial.

En 1921, el nacionalismo vasco sufrió la escisión de los *aberrianos*, que representaban a su sector más independentista, xenófobo y racista. Bajo el liderazgo de Eli Gallastegui y Luis de Arana, los escindidos fundaron el Partido Nacionalista Vasco, ya que el sector posibilista de Ramón de la Sota utilizaba las siglas de Comunión Nacionalista Vasca<sup>9</sup>. El nacionalismo vasco entraba en la década de los veinte dividido en dos sectores, que mantendrán el espíritu pragmático de intervenir en las instituciones españolas y el rupturista favorable a la creación de una nación vasca limpia de no nacionalistas.

## EL NACIMIENTO DEL NACIONALISMO CATALÁN

La desaparición de los restos del Imperio español en el 98 también ocasionó en Cataluña un cambio significativo en la génesis del movimiento catalanista.

<sup>8</sup> Diario de la Sesión de las Cortes nº 10, 5-IV-1918, p. 161.

<sup>9</sup> Para ver la visión más identitaria nacionalista, en E. GALLASTEGUI y J.M. LORENZO, *Por la libertad vasca*, Tafalla: Txalaparta, 1993. Sobre el nacionalismo pragmático, en E. TORRES, *Ramón de la Sota y Llano, 1857-1936: Un empresario vasco*, Madrid: Editorial Empresarial, 1998.

Hasta entonces, el catalanismo estaba reducido a unos cuantos jóvenes de clase media y alta circunscritos a *la Renaixença*, el movimiento cultural que pretendía recuperar la lengua catalana como vehículo de expresión pública y carecía de reivindicaciones políticas. Más si tenemos en cuenta que las clases medias y altas catalanas eran cívicamente activas en el sistema restauracionista.

Cataluña había sido la gran beneficiada del comercio cubano al tener un abastecimiento regular y barato de algodón para su industria textil, asegurándose además un mercado para sus productos manufacturados. Cuando la derrota hizo desaparecer el sistema colonial, la burguesía catalana fue la más afectada económicamente. Durante la guerra, las señales de patriotismo en Cataluña habían sido tan llamativas como en otras regiones. Pero ahora, los burgueses catalanes veían que el sistema centralista se había convertido en un fracaso, y España como modelo de Estado nacional también. La solución era salvar la Cataluña industrial y desarrollada de un lastre arcaico y pobre, que, sin embargo, fue el que permitió su crecimiento económico gracias al proteccionismo canovista.

El sentimiento de renovación del catalanismo burgués se presentó con la inclusión de Duran y Bas en el gobierno Silvela y el apoyo a la plataforma regeneracionista del general Polavieja. El gobierno de Francisco Silvela había levantado la bandera de la descentralización administrativa y la limpieza electoral como banderín de enganche de estas nuevas fuerzas. Pero aquello terminó en fracaso, con la salida precipitada de Polavieja y Duran y Bas.

En 1901 fue cuando el catalanismo político cobró fuerza al unir a los catalanistas partidarios de colaborar con el sistema, agrupados en el *Centre Nacional Català* de Enrique Prat de la Riba, que había sistematizado en 1892 las reivindicaciones políticas en dieciséis puntos, denominados “Bases de Manresa”. Este programa fue el primero del catalanismo y resultaba parecido al foralismo del carlismo, algo nada raro si tenemos en cuenta que el catalanismo federalista de Almirall en el *Centre Català* tomó su fundamentación ideológica de intelectuales tradicionalistas, tanto carlistas como alfonsinos, como Jaime Balmes, Juan Mañé i Flaquer, José Torras i Bages (obispo de Vic), etc.

El otro grupo era la Unión Regionalista formada por burgueses barceloneses regeneracionistas, que habían compuesto la plataforma de apoyo al general Polavieja. Estos dos grupos, el catalanista y el polaviejista, se unieron dando origen a la Lliga Regionalista. El horizonte político parecía prometedor por el reciente éxito de la llamada candidatura de los cuatro presidentes: Bartolomé Robert, expresidente de la Sociedad Económica de Amigos del País; Alberto Rusiñol, expresidente de Fomento del Trabajo Nacional; Luis Domenech i Montaner, expresidente del Ateneo Barcelonés y Sebastián Torres, presidente de la Liga de Defensa Industrial y Comercial. Estos cuatro fueron elegidos diputados al parlamento nacional relegando a los partidos dinásticos a la marginalidad en la

ciudad condal. Los puestos de minoría fueron para los republicanos, que ante la pérdida de la clase media lograron compensar sus pérdidas con su avance en los sectores más populares<sup>10</sup>.

Este éxito político de la honestidad contra el caciquismo, como ellos lo habían definido, se vio empañado por el declinar progresivo de su aliado natural, la Unión Nacional de Joaquín Costa y Basilio Paraíso. Los regionalistas de Francesc Cambó se habían separado del gobierno Silvela para apoyar junto a los regeneracionistas la campaña contra los impuestos y frenar el paso de los republicanos, minados por sus divisiones internas.

En Barcelona, Alejandro Lerroux impuso su liderazgo a los republicanos por su oratoria incendiaria. Su programa se centró en los ideales republicanos, separación de la Iglesia-Estado, autonomía regional y derechos sociales como la jornada de ocho horas, con lo que se ganó a las clases trabajadoras de la ciudad. Lerroux acusará al gobierno de favorecer al separatismo catalanista y a la jerarquía eclesiástica de apoyar a la *Lliga Regionalista*. Estas fuerzas marcarán una nueva etapa con el dualismo regionalismo-republicanismo a principios de siglo, mientras a su sombra crece el anarquismo con gran energía. Las elecciones municipales de ese mismo año llevaron al republicanismo a duplicar su voto en Barcelona y tomar las alcaldías de diez ciudades catalanas más<sup>11</sup>.

La *Lliga Regionalista* se vio con el transcurrir del tiempo empujada hacia posiciones cada vez más derechistas. Los hechos que la motivaron fueron la huelga general de 1902, que acobardó a la clase empresarial barcelonesa, soporte del partido catalanista. El miedo a la desestabilización del orden social le llevó a buscar aliados en el Comité de Defensa Social, un organismo católico social que profundizó su derechismo. Además, la visita de Alfonso XIII a Barcelona, llevado de la mano de su presidente de gobierno, el conservador Antonio Maura, fue aprovechado por Francesc Cambó para fomentar una línea posibilista con el régimen restauracionista<sup>12</sup>. El sector más liberal de la *Lliga* se escindió por esta razón y se agrupó en torno al periódico *El poble Catalá*. Este grupo en 1906 se convirtió en partido político con el nombre de *Centre Nacionalista Republicà*. Entre tanto, la derechización de la *Lliga* le llevó a posesionarse del antiguo voto conservador en 1903 y 1905, aunque no evitó su derrota ante

10 Para una visión al detalle de la principal formación política catalanista, en MOLAS, I. *La Lliga Catalana: un estudi d'estasiologia*. Edicions 62, Barcelona, 1972. Para una biografía sobre el principal hombre político del catalanismo de la época, en PABÓN, J. *Cambó 1876-1947*, Editorial Alpha, Barcelona, 1999. Una visión académica del periodo, en RIQUER, B. *Escolta, Espanya*, Marcial Pons, Madrid, 2001. Con respecto a su pragmatismo sobre España, en UCELAY-DA CAL, E. *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003.

11 Para una visión del primer populismo nacionalista español, en ALVAREZ JUNCO, J. *Alejandro Lerroux: el emperador del Paralelo*, Síntesis, Madrid, 2005.

12 TUSELL, Javier, *Antonio Maura, una biografía política*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 72.

la conjunción de los republicanos en la Unión Republicana. En Barcelona, el predominio republicano fue claro hasta 1914, y en el resto de Cataluña los partidos dinásticos pudieron sostenerse, impidiendo a la *Lliga* proclamarse portavoz del sentir de la opinión pública catalana.

Las dos fuerzas antagónicas, regionalista y republicana, fueron creciendo a costa de las fuerzas del régimen canovista. En 1905, el aumento de la representación catalanista, y la disidencia de algunos republicanos no impidieron la victoria de la Unión Republicana<sup>13</sup>. Sin embargo, el 25 de noviembre de 1905, una caricatura en el periódico satírico *Cu-Cut* provocó un escándalo político. El dibujo satirizaba al ejército a cuenta de la derrota de ultramar. En respuesta, un grupo de oficiales de la guarnición barcelonesa asaltó el periódico humorístico y también el edificio de *La Veu de Catalunya* destruyendo las prensas. Los militares respondieron de forma contundente, por ser esta provocación, la última de una serie de mofas contra los símbolos nacionales. Por esta razón, el gobierno Moret, presionado por algunos altos mandos militares, aceptó presentar en las Cortes la ley de jurisdicciones, en la cual colocaba bajo jurisdicción militar toda ofensa a la patria, el honor de las fuerzas armadas y sus símbolos.

La aprobación de esta ley significaba que los catalanistas podían, según el caso, ser juzgados por tribunales militares, que tenían fama de ser duros. La protesta en Cataluña fue general y fue Salmerón, presidente de la Unión Republicana, quien tendió la mano a los catalanistas de la *Lliga* para luchar por Cataluña con independencia de sus políticas. Lerroux protestó y aprobó el acto de los militares contra los separatistas de la *Lliga*, consiguiendo que la mitad de los republicanos de la ciudad condal le siguiesen en su planteamiento. Sin embargo, el 11 de febrero de 1906, se proclamó en Gerona Solidaridad Catalana, una coalición electoral que agrupó a la mayor parte de las fuerzas políticas del principado. La comisión estuvo formada por Francesc Cambó, por la *Lliga*; Jaume Carner, por los nacionalistas republicanos; J. Roca y Roca, por la solidarios de la Unión Republicana; J.M. Valles y Ribot, por los federalistas; D. Martí y Julia, por la Unión Catalanista; J.M. Junyent, por los carlistas y Amadeo Hurtado, catalanista independiente<sup>14</sup>.

La coalición electoral que pretendía defender los derechos de los catalanes fue un movimiento de masas, al agrupar a todas las fuerzas excepto a los lerrouxistas. La *Lliga* fue la más favorecida porque su alianza con la izquierda republicana y los carlistas la colocaban en una posición centrada, además su orientación conservadora la situaba como el portavoz lógico con el que el gobierno conservador de Antonio Maura optase por hablar. El lerrouxismo reci-

13 BALCELLS, Albert, *El nacionalismo catalán*, Historia16, Madrid, 1991, p. 49.

14 Ídem, p. 54.

bió el apoyo de una clase media liberal españolista, pero el conservadurismo social reforzó a Solidaridad Catalana.

En 1907 llegó el primer triunfo de la coalición en las elecciones provinciales, obteniendo Prat de la Riba la presidencia de la diputación de Barcelona. En abril fueron las elecciones al parlamento nacional y el éxito de la coalición fue completo, 41 de los 44 escaños catalanes fueron para ellos. Republicanos y carlistas obtuvieron de esta forma una representación que nunca habían logrado con los manejos de los partidos dinásticos. Los lerrouxistas en consecuencia se reorganizaron como Partido Republicano Radical.

Sin embargo, la coalición era demasiado heterogénea y Maura lo sabía. La ley de administración local del gobierno conservador permitió el establecimiento de mancomunidades de servicios provinciales, con lo que se ganó el apoyo de la *Lliga*, y la elección orgánica de una parte de los concejales y diputados provinciales, con lo que se ganó el apoyo de los carlistas. Pero esto no fue del agrado de los republicanos y federalistas, que empezaron a erosionar la Solidaridad Catalana. Cuando los regionalistas se acercaron a los monárquicos catalanes ofreciéndoles la vicepresidencia de la diputación, el fracaso de aprobar un plan municipal de enseñanza con orientación laicista causó que tres grupos izquierdistas de Solidaridad Catalana se uniesen para formar la Unión Federal Nacionalista Republicana<sup>15</sup>. Las elecciones municipales de 1909 vieron el resurgir del lerrouxismo en las siglas radicales y la aparición de una izquierda catalanista que duplicó a la candidatura barcelonesa de la *Lliga* y los carlistas.

La Semana Trágica ocasionó el fin de la coalición electoral cuando el estallido popular contra la leva de reservistas a la guerra de Marruecos empujó a una asustada clase burguesa regionalista al bando de Maura. La posterior acusación a los revoltosos de haber provocado un estallido separatista inhibió a los radicales, aunque sus bases obreras habían orientado el furor popular contra el clero quemando 12 iglesias y 40 escuelas religiosas. El proceso y ejecución del dirigente anarquista Ferrer Guardia provocó la constitución de la Conjunción republicano-socialista. El reo no había tenido ninguna responsabilidad directa en los acontecimientos de la Semana Trágica, pero en su Escuela Moderna se había adoctrinado a favor del desorden social y algunos de los culpables habían sido educados en ella, por lo que era responsable moral de la revuelta.

Maura ofreció a Cambó la posibilidad de formar un partido nacional alternativo al suyo, el liberal se encontraba dividido en varias fracciones, y proporcionar un elemento nuevo al sostenimiento del sistema restauracionista. Pero el gobierno Maura cayó a consecuencia de las protestas ocasionadas por la ejecución de Ferrer Guardia y los liberales se agruparon en torno a Canalejas formando un nuevo gobierno en 1910.

---

<sup>15</sup> Ídem, p. 60.

Las elecciones legislativas de ese año evidenciaron el predominio radical en Barcelona, la canalización del voto republicano del resto de Cataluña a la izquierda catalanista, la reducción de la *Lliga* a su época anterior a la coalición de Solidaridad Catalana y la recuperación de los partidos dinásticos. Como consecuencia del resultado electoral, el radicalismo se extendió a nivel nacional como un movimiento centrista, lo que le ocasionó problemas con su base proletaria, además su alianza en 1914 con el catalanismo republicano no fue aceptada por ninguno de sus electorados.

La Unión Federal Nacionalista Republicana fracasó como alternativa izquierdista del catalanismo, al estar encajonado entre el catalanismo conservador de la *Lliga* y del republicanismo españolista del Partido Radical. En 1914, la victoria de la *Lliga* en Barcelona abrió su hegemonía en el periodo siguiente. Su identificación con los logros económicos de los industriales y comerciantes en la Gran Guerra fomentaron una buena imagen de un Cambó cada vez mejor visto como un hombre de Estado para toda España.

Entre tanto, los republicanos se dispersaron en varios grupos, disolviéndose la Unión Federal Nacionalista Republicana. Marcelino Domingo y otros crearon el Bloque Republicano Autonomista y en 1917 el Partido Republicano Catalán, pero a pesar del esfuerzo logrado el catalanismo de izquierdas fracasó, quedando en la marginalidad política. El espacio nacionalista estaba ocupado por la *Lliga* y el de la izquierda por los radicales. Desde 1913 la *Lliga* capitalizó el éxito de la formación de la Mancomunidad, que presidió Prat de la Riba. Este organismo interprovincial reunió las competencias de las diputaciones provinciales, aunque no las del Estado, y procuró modernizar las infraestructuras viarias y fomentar el catalán como idioma de uso oficial y no únicamente cultural.

En el campo republicano la división interna impidió su concurso como fuerza unida y fomentó su declive. La conjunción republicana-socialista fue difícil de mantener y sus elementos más moderados, como Gumersindo de Azcárate y Melquíades Álvarez, fundaron en 1912 el Partido Reformista, como un movimiento reformista de izquierdas que intentaría de forma vana introducir savia nueva en la izquierda liberal del sistema dinástico.

Para colmo, la reducción a la marginalidad del catalanismo de izquierdas ayudó a consagrar el bipartidismo de la *Lliga* y el radicalismo en Barcelona. Lerroux pudo mantener su base electoral obrera hasta 1923, aunque su partido careciese de organización sindical. Sin embargo, Solidaridad Obrera y posteriormente la anarquista CNT, como no estaban vinculadas a ningún partido político, orientaban el voto de su gente hacia los radicales. La CNT como organización predominante del proletariado catalán impidió el asentamiento de la UGT, en consecuencia impidió la construcción política del socialismo.

La *Lliga* se enfeudó con una política nacional en la que pidió en vano un mayor librecambismo para favorecer la exportación de la industria catalana y la importación de materias primas, aprovechando la coyuntura positiva de la Primera Guerra Mundial. Además, consiguió hacer fracasar el proyecto de Santiago Alba, antiguo regeneracionista y defensor de los intereses cerealeros castellanos, favorable a gravar con un impuesto especial los beneficios extraordinarios de la guerra. Algo, por otra parte, en lo que coincidían los diputados más extremistas del arco parlamentario, como el socialista Prieto y el carlista Pradera, aunque este último recalcase que él no apoyaba la expropiación de los medios de producción<sup>16</sup>.

En 1917, la crisis política suscitada por la reivindicación corporativa de los oficiales organizados en Juntas Militares de Defensa, pusieron en crisis a sucesivos gobiernos. El gobierno recién constituido de Eduardo Dato suspendió las garantías constitucionales y cerró las Cortes. Cambó orquestó un movimiento parlamentario de oposición a esta decisión, convocando una reunión de diputados en Barcelona, que fue prohibida por el gobierno.

Cambó se levantó como el caudillo de una burguesía regeneracionista que pretendía sustituir el caduco sistema canovista por otro más acorde con la realidad social y democrática. Para esto consiguió el apoyo de la izquierda republicana y socialista, aunque no logró el apoyo de Maura para compensar la alianza con la izquierda. Sin embargo, el catalán no pretendía derribar el régimen, sino una concesión a su partido y apoyo a sus reivindicaciones catalanistas. Pero la Huelga General estalló el 10 de agosto de 1917, un movimiento promovido en apoyo de la Asamblea Parlamentaria, con la UGT en contra, pero con el apoyo unánime de la CNT.

La Asamblea Parlamentaria recibió un hachazo más que un apoyo, el ejército que se creía guardaría una posición neutral por el movimiento juntero<sup>17</sup> que había en su seno, tomó parte en sofocar la huelga a las órdenes del gobierno. La clase burguesa, asustada del desorden social, se posicionó a favor de la represión y la *Lliga*, en consonancia con ésta, desertó de su alianza con la izquierda para colaborar con el gobierno. En premio a ello, en el nuevo gobierno de unión nacional liderado por Antonio Maura, dos catalanistas de la *Lliga*, Cambó y Ventosa, formaron parte de él.

Sin embargo, la entrada en el gobierno de Cambó le trajo el odio de la izquierda, y sus reivindicaciones de una autonomía para Cataluña el de las derechas. La imposibilidad de obtener alguna reivindicación por su postura posibilista en la política española lo condenó ante el electorado catalanista.

<sup>16</sup> Diario de sesiones de las Cortes nº 17, 13-IV-1918, p. 358.

<sup>17</sup> Las Juntas de Defensa de defensa fueron un movimiento reivindicativo castrense, que entre sus principales puntos estaba el mantenimiento del ascenso por antigüedad, en contra de los africanistas favorables a la promoción por méritos de guerra.

Maura y Alcalá-Zamora le llegaron a decir: “Su señoría pretende ser a la vez el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España, son pretensiones contradictorias, y es preciso que su señoría escoja entre una y otra”<sup>18</sup>.

La consecuencia política de su fracaso fue la escisión de las juventudes de la *Lliga* y sus cuadros profesionales, Rovira i Virgili, Nicolau d’Olwer, Bofill i Mates y Carrasco i Formiguera entre ellos, quienes formaron *Acció Catalá*. Esta organización política se orientó hacia la izquierda, canalizando en ella el catalanismo descontento contra Cambó. Francesc Cambó se retiró de la vida pública tras ver su política derrotada. Finalmente las clases medias catalanistas, ante el creciente desorden social, apoyaron al Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, en su pronunciamiento militar<sup>19</sup>.

## ECOS DE REVOLUCIÓN. LA NUEVA IZQUIERDA OBRERA

La generación de un nuevo mundo producida por la industrialización causó hondas transformaciones sociales, y provocó la necesidad de nuevas fuerzas políticas y sindicales que representasen a las clases trabajadoras. Éstas se habían mantenido al margen de la vida política, pero al crecer hasta convertirse en un sector importante de la población urbana entraron en actividad, como hicieron las clases medias después del desastre del 98.

A fines del siglo XIX, las principales crisis no tenían origen en el problema social, sino en los alzamientos militares y los regionalismos centrífugos deseosos de romper la unidad nacional. Por entonces, la mayor parte de las huelgas se perdieron, especialmente las que surgieron en los sectores de ferrocarriles, textiles, mineros y siderometalúrgicos. La falta de unidad sindical que favoreciese la actuación conjunta de todas las federaciones de industria facilitó su fracaso<sup>20</sup>. Según Maximiano García, el periodo de 1900-1910 fue de los más importantes para la comprensión de los fenómenos sociales. Los anarquistas atribuían a la labor didáctica de Ferrer Guardia, en Barcelona, y López Montenegro, en Madrid, la máxima influencia en la extensión de la huelga como instrumento revolucionario, principio que fue desarrollado por Sorel. Ferrer Guardia publicaría un decenario llamado “La Huelga General” en 1901.

La voluntad de los trabajadores en la primera década del siglo XX era la constitución de federaciones nacionales de industria. La UGT, en cambio, permaneció en la postura de constitución de federaciones de oficios, quizás por

---

18 Albert BALCELLS, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 77.

19 Para una visión de lo que significó el régimen primorriverista, en E. GONZÁLEZ CALLEJA, *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid: Alianza Editorial, 2005.

20 Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de los movimientos sindicales españoles, (1840-1933)*, Madrid: Ed. Nacional, 1961, p. 303. Para una versión más detallada y reciente, en S. CASTILLO, *Historia de la UGT. Un sindicalismo consciente, 1873-1914*, Madrid: Siglo XXI, 2008.

esta razón la fuerza de las dos disciplinas izquierdistas eran tan dispares. En 1899, la UGT contaba con 15.264 afiliados, con Pablo Iglesias como presidente de ella, quien decidió pasar la Comisión Ejecutiva de Barcelona a Madrid<sup>21</sup>. En 1900, en cambio, los sindicatos no pertenecientes a la obediencia del PSOE y con una fuerte presencia anarquista se confederaron en la Federación de Sociedades Obreras de la Región Española, con 50.000 adheridos<sup>22</sup>.

En el campo político, la presencia socialista era todavía minúscula. En 1901, el PSOE obtuvo 27 concejalías, 8 de las cuales eran de Bilbao, en las elecciones generales de ese mismo año obtuvo 25.400 votos, de los cuales 4.500 fueron en Madrid. El aislamiento propuesto por Pablo Iglesias impedía al partido despegar y alcanzar la representación parlamentaria. En 1905, los votos fueron 26.000 y dos años después bajaron a 22.000. Sin embargo, el sindicato alcanzaba los 34.537 miembros en 1906, el bajón socialista era debido al agrupamiento de la izquierda producido en torno a la Unión Republicana liderada por Salmerón<sup>23</sup>. Uno de los escasos momentos en que los republicanos lograron resultados electorales apreciables, pero que no aprovecharon por sus rivalidades internas.

Estas disputas fueron de las que trajeron loco a Pérez Galdós, que decía había que degollarlos a todos para poder hacer la revolución. El escritor se convirtió en la figura aglutinante del republicanismo después del fallecimiento del histórico Salmerón. Sin embargo, los socialistas empezaron a acogerse al ejemplo de los socialismos europeos, como el francés Jaures, que había empezado a colaborar con éxito con las fuerzas del liberalismo progresista, haciéndose un hueco en el arco parlamentario.

Entre tanto, en 1905, su competidor sindical, la Federación de Sociedades Obreras se había disuelto, aunque en 1907 se formó la Solidaridad Obrera, nombre que parecía rememorar en el mundo del trabajo la reunión de fuerzas que Solidaridad Catalana había realizado en el campo político. Esta organización nació apolítica y neutra, porque sus fundadores provenían de diferentes sectores ideológicos, como socialistas y anarquistas. Pero los socialistas poseedores de un sindicato no estaban por la labor de contribuir al crecimiento de otro que escapaba a su control, mientras los anarquistas entraron de forma masiva en él<sup>24</sup>.

21 Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de las internacionales en España*, Madrid: Ed. Nacional, 1956, p. 404.

22 *Ibidem*, p. 408.

23 Para una visión hagiográfica, en VVAA, *PSOE 125: 125 años de Partido Socialista Obrero Español*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2004. Para una visión crítica, J.C. GIRAUTA, *La verdadera historia del PSOE*, Madrid: Buenas letras, 2010.

24 J. PEIRATS, *Breve historia de la CNT*, Salamanca: Madre Tierra, 1990. Pere SOLÀ GUSSINGER, “El caso Ferrer i Guàrdia”, en Antonio MOLINER PRADA, *La Semana Trágica de Cataluña*, Alella (Barcelona): Nabla ediciones, 2009, p. 177-179.

El estallido popular de la Semana Trágica contagió a la masa obrera barcelonesa. La crisis del 98 había vuelto a orientar las miras de España hacia África. El descubrimiento de yacimientos mineros en el Rif acentuó la necesidad de consolidar el dominio hispano en aquellas tierras, para compensar la pérdida de ultramar y demostrar al resto de Europa que España recuperaba su puesto ante el sol. El gobierno Maura quería ejercer un regeneracionismo desde arriba, por eso con su plan de rearme naval pretendía recuperar la presencia en el mar y fortalecer con sus pedidos los astilleros españoles.

Los sucesos de la Semana Trágica fueron espontáneos y provocaron una gran agitación social que llevó a la quema de numerosas iglesias y escuelas católicas. Su carácter espontáneo impidió que la revuelta fuese precedida por el gobierno, los republicanos de Lerroux no pudieron aprovecharse de la situación, únicamente dirigirla contra el clero, y la CNT no estaba todavía en situación operativa. La muchedumbre urbana demostró que sus fines eran contrarios a una nueva aventura militar como la cubana, donde tantos hijos de clases populares habían muerto, mientras los hijos de las clases acomodadas redimían a los suyos con dinero.

La consecuencia fue la pérdida de confianza del rey en Antonio Maura, que tuvo que enfrentarse a los ataques de Segismundo Moret, líder de los liberales, quien contó con el apoyo de republicanos y socialistas. La represión de la revuelta se centró en Ferrer Guardia, el educador anarquista, quien estaba en las miras de las autoridades por sus enseñanzas contra el orden social y por haber sido un empleado suyo, Mateo Morral, el que intentó matar al rey Alfonso XIII el día de su boda. La condena de Ferrer Guardia fue a muerte, en contra de una gran protesta internacional, porque no era culpable físico de la Semana Trágica, aunque Maura creyó que lo era moralmente<sup>25</sup>.

La caída del gobierno Maura trajo de nuevo a los liberales al gobierno. Pero los sucesos de Barcelona acercaron a socialistas y republicanos en una alianza electoral que sirvió a Pablo Iglesias para conseguir el único escaño parlamentario que el socialismo español tuvo hasta 1918. La conjunción con los republicanos se mantuvo hasta el año 1919, cuando el PSOE tuvo fuerza suficiente para subsistir sola y el republicanismo se encontraba agonizando por sus divisiones internas. Otra consecuencia de la Semana trágica será el congreso organizativo de sindicatos obreros no pertenecientes a la UGT. El 30 de octubre de 1910, se reunieron en Barcelona con el apoyo de Solidaridad Obrera, quien después de depurar a sus elementos socialistas dio origen a la CNT. Esta nueva organización nació con 50 mil afiliados y todavía no tenía un carácter anarquista, sino sindicalista, revolucionario y apolítico.

Entre tanto, Canalejas, el más lúcido político en 1911, estaba entre la espada y la pared. A cuenta de la “ley del Candado”, la derecha católica era su

---

25 P. SOLÁ, “El caso Ferrer i Guàrdia”, *op. cit.*, p. 177–179.

enemiga, pero en la carrera de ocupar Larache y Alcazarquivir antes de que lo hiciesen los franceses, se ganó la oposición del elemento republicano y socialista. Los republicanos se oponían a toda aventura militar por estimar que antes debían realizarse profundas reformas sociales y no enfrascarse en operaciones de prestigio internacional. Los socialistas porque creían que el expansionismo imperialista únicamente favorecía los intereses del capitalismo e iba en contra de los intereses de la clase trabajadora. Ésta debía tener unos intereses comunes por encima de los nacionales, por lo que su internacionalismo determinaba al socialismo a defender un pacifismo militante.

Para colmo de males del gobierno Canalejas, estalló un motín republicano en la fragata Numancia que se saldó con la ejecución de un fogonero, responsable del amotinamiento. Las huelgas generales que se generaron en la cuenca minera vizcaína, en la hullera de Asturias, Zaragoza, Cádiz... obligaron a Canalejas a una política represiva contra los movimientos obreros. Las huelgas estallaron sin el control socialista y estos no pudieron dirigirlos. La crisis causada fue aprovechada por la naciente CNT para lanzarse a la huelga en Barcelona. Cuando los focos primeros estaban apagándose agotados del frenesí huelguístico, la UGT decidió intentar hacerse con la dirección de una huelga general a nivel nacional. El linchamiento de tres funcionarios públicos en Cullera y la posterior ejecución de uno de los complicados, provocó una fuerte protesta internacional y la condena de republicanos y socialistas contra Canalejas, del mismo modo en que se había actuado contra Maura en el caso Ferrer. El posterior asesinato en 1912 del político liberal hay que circunscribirlo como un acto de venganza contra su política de contención de los movimientos huelguísticos<sup>26</sup>.

En octubre de 1911, los disturbios causados fueron interpretados por un juez de distrito de la Barceloneta como causa suficiente para la ilegalización de la CNT. La organización sindical tuvo que mantenerse en la clandestinidad hasta 1914, que fue de nuevo legalizada con el gobierno Dato en el poder. Este periodo fue aprovechado por la UGT para acrecentar su afiliación de 40.984 afiliados, en 1910; a 128.914, en 1914<sup>27</sup>. La CNT era algo más que un sindicato y su sindicalismo revolucionario se guiaba en otras direcciones que la exclusiva defensa de la clase obrera. En el acto de fundación la CNT había interpretado la huelga general del siguiente modo:

“La huelga general ha de ser esencialmente revolucionaria... Una huelga general no debe declararse para alcanzar

<sup>26</sup> El estudio más detallado sobre la figura del estadista gallego, en VVAA, *Congreso José Canalejas e a súa época*, Santiago: Xunta de Galicia, 2005.

<sup>27</sup> Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de los movimientos sindicales...*, op. cit., p. 348.

un poco más de jornal o una disminución en la jornada, sino para lograr una transformación total en el modo de producir y distribuir los productos”<sup>28</sup>.

Entre tanto, los trabajadores del campo se organizaron en 1913 en una Federación Nacional Agraria, entre las cuales figuraba la portuguesa. Esta organización se declaró apolítica y sindicalista revolucionaria, y mantuvo su independencia hasta 1919, que se integró en la CNT. La UGT se abstuvo de realizar cualquier proselitismo en el área rural hasta 1919, cuando la CNT ya se le había adelantado en el agro del mediodía español. La penetración socialista tuvo dificultades para instaurarse en el campo. El propagandista ácrata, solitario, que se confundía entre los braceros, sembraba las ideas y seguía su peregrinación. La extensión del anarquismo en el área rural fue más viable por no necesitar de centro de reunión, libro de actas, ni de contabilidad.

Con respecto a la economía española en general, el periodo de la Primera Guerra Mundial fue un revulsivo para la economía exportadora española, se liquidó gran parte de la deuda exterior, se nacionalizaron muchas empresas extranjeras, se mejoró la maquinaria, se reforzó el sector bancario con la fundación del Central, el Urquijo y el Crédito Industrial y la balanza pasó a tener superávit. En 1915, la mejoría fue sobre todo para los sectores del textil, curtido, metalúrgico y naviero. En 1916, se llegó al máximo de las exportaciones españolas y al terminar el conflicto se produjo el colapso por falta de suministros, pérdida de mercados, aumento de la inflación y falta de competitividad.

Sin embargo, mientras el costo de la vida subió, los salarios no aumentaron conforme al precio de los productos básicos, por lo que la vida para las clases más populares siguió siendo precaria. El empleo fijo en el campo no existía, perdurando el paro estacionario. La alimentación del jornalero solía componerse de un desayuno a base de migas, dado por el patrono que lo deducía del sueldo; después venía un bocadillo de pan seco, a las 8 o 9 de la mañana; al mediodía la merienda o gazpacho, con un poco de aceite para mojar sopas; y a la noche la cena compuesta de un cocido de garbanzos y tocino.

En la ciudad, un obrero podía ganar 3'25 pesetas al día, esto para el hombre, porque la mujer cobraba 1'25 a 2 pesetas y el joven 2'22 pesetas. El gasto habitual de comida y alojamiento en un dormitorio común en 1913 era de 1'65 pesetas al día, el resto del salario era para comer y otros gastos como la ropa. En cuanto a vestuario, un pantalón de obrero de pana podía costar 6 pesetas, si era de confección de cutí las 2 pesetas, una camisa de 2 a 3 pesetas, un par de alpargatas una peseta, pero su duración era de un mes<sup>29</sup>. En Badalona,

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 346.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 351.

se desayunaba pan y pescado o un tomate; al mediodía, lo mismo; y a la noche sopa, carne y legumbres, pan y vino. Sin embargo, los recién llegados de los pueblos por ahorrar comían únicamente pan, legumbre y agua. La consecuencia más inmediata era el enfermar por el gasto de energías en el trabajo que no se reponían con una dieta tan poco calorífica.

En el País Vasco, la rápida industrialización produjo un flujo de inmigrantes desde comienzos de siglo, 60 mil entre 1880 a 1900 y otros 19 mil entre 1910 a 1920. Sus condiciones de vida no eran buenas, muchos mineros vivían en barracas endebles y compraban las subsistencias en los economatos de la empresa. Estas casas formaban barrios sin servicios de agua, alcantarillado, ni pavimentación<sup>30</sup>, si a esto se junta la masificación, uno puede darse cuenta que con la falta de condiciones higiénicas los trabajadores eran presa fácil de cualquier epidemia.

En Asturias, el estallido de la Gran Guerra ocasionó un profundo cambio en el mundo minero, ya que hasta entonces los mineros solían ser autóctonos que complementaban su jornada laboral con el trabajo en el campo. Sin embargo, con la conflagración mundial y el aumento de yacimientos para el suministro de carbón a los beligerantes, se necesitó un aumento de la mano de obra, con lo que se inició la inmigración de gallegos, leoneses y portugueses a las cuencas mineras. En 1914, eran 18 mil y, en 1920, llegaban a 39 mil los mineros. Esta migración no solidarizó a los mineros, sino que por el contrario se dividieron por origen geográfico uniéndose únicamente en su desafecto contra los gallegos<sup>31</sup>.

La Gran Guerra dividió al socialismo internacional entre beligerantes y pacifistas, y a los anarquistas entre aliadófilos y pacifistas. En España, como país no beligerante, los socialistas se mantuvieron pacifistas y la reivindicación de que el ejército debía abandonar Marruecos. En cuanto al conflicto mundial, en una España dividida entre germanófilos y aliadófilos, los socialistas se posicionaron hacia el lado aliado, porque creían que saldrían mejor situados que con un triunfo de los Imperios Centrales. Sin embargo, Besterio ya precisó que en el caso de que Alemania fuese socialista ellos serían germanófilos. Pero en aquel entonces los liberales, republicanos y nacionalistas se posicionaban de forma mayoritaria por la Entente, mientras los tradicionalistas y conservadores lo hacían por el Káiser.

En la bonanza de la guerra, el sindicalismo socialista perdió 40 mil afiliados y el partido con 15 mil miembros y un diputado era todavía una fuerza marginal para hacer nada. Sin embargo, en 1917 el triunfo de la revolución bolchevique va a dinamizar a las fuerzas obreras, aunque en España la CNT estaba reorganizándose y el socialismo era minúsculo. Por tanto, cuando al calor de

30 A. SHUBERT, *Historia social de España (1800-1990)*, Madrid: Nerea, 1991, p. 186.

31 *Ibidem*, p. 183.

los acontecimientos se preparó un comité revolucionario, éste se hizo en coordinación con los republicanos Melquíades Álvarez y Alejandro Lerroux. En definitiva, aunque la inspiración revolucionaria vendría de Rusia, el ejemplo vino del Portugal de 1910, que acabó de instaurar la república. La debilidad de la izquierda obrera española le obligaba a participar en un levantamiento que propiciase no una revolución proletaria, sino un cambio burgués de la monarquía constitucional a un sistema republicano, lo cual les pareció podía ser más conveniente para los intereses revolucionarios, como había sucedido en Rusia.

Cuando todo estaba a punto para una huelga general que apoyase las protestas de la oposición parlamentaria orquestada por Cambó y las Juntas de Defensa del Ejército, estalló una huelga ferroviaria en Valencia por el despido de algunos trabajadores. El gobierno de Dato, y principalmente su ministro de gobernación Sánchez Guerra, apoyaron la postura intransigente de la directiva empresarial para estimular la huelga general (13 de agosto) en un momento propicio para el gobierno, ya que Dato había admitido las reivindicaciones de las Juntas militares y contaba con su sentimiento monárquico para salvar a la corona de la revolución.

El ejército aplastó la huelga y el gobierno se mantuvo firme deteniendo al Comité de Huelga, compuesto por los principales dirigentes socialistas, Anguiano, Saborit, Besteiro y Largo Caballero. Lerroux y Prieto pudieron exiliarse evitando ser aprendidos, pero Cambó renegó de sus aliados y entró posteriormente en el gobierno de concentración nacional de Antonio Maura. La huelga general, aunque no consiguió sus objetivos políticos, estuvo lejos de resultar un fracaso: evidenció la debilidad del régimen y rompió con el turno de partidos del sistema canovista, que fue sustituido por los de concentración nacional.

En las elecciones de 1918, el PSOE en coalición con el Partido Republicano y el Reformista consiguió la elección como diputados de los miembros del Comité de Huelga que tuvieron que ser amnistiados. Prieto y sus compañeros detenidos salieron elegidos por seis distritos, rompiendo la soledad del escaño de Pablo Iglesias. Los socialistas se consolidaron como la fuerza revolucionaria que iría sustituyendo a los republicanos como movimiento de protesta contra el régimen.

A partir de 1918, Cataluña, como región clave del desarrollismo capitalista, iba a ser el campo de batalla de una guerra social que durará hasta 1923. La burguesía enriquecida con la guerra invirtió sus beneficios en operaciones especulativas, mientras los salarios se congelaron. La falta de previsión provocó en Cataluña que la pequeña y mediana empresa se hundiese, originando una gran masa de desempleados. La sindicación aumentó, y la CNT con su mensaje de acción directa fue la que se llevó la parte de león en aquella región. En el congreso de Sans, en 1918, la sindical catalana decidió romper con el lerrouxismo definitivamente y adoptar el sindicato único como instrumento de acción

directa, rechazando intermediarios entre ella y el gobierno y la patronal. Del mismo modo, los empresarios se unieron en la Federación Patronal, aunque ya en Cataluña estaban agrupados en torno al Fomento del Trabajo Nacional.

El gran conflicto que sucedió a continuación y que es conocido como la huelga de “la Canadiense” puso a prueba la capacidad de resistencia del gobierno y del sindicato. Esta huelga empezó el 5 de febrero de 1919, en la Compañía de Fuerza e Irrigación del Ebro, empresa de capital anglocanadiense que suministraba energía eléctrica a la ciudad de Barcelona. Todo se inició cuando la Compañía trató de reducir los salarios de ciertas categorías de obreros y algunos fueron despedidos al recurrir al sindicato único. La respuesta fue la huelga general del sector eléctrico, poco después se sumaron los textiles. Finalmente el gobierno Romanones aceptó las condiciones, pero como el Capitán General no puso en libertad a los detenidos se declaró la huelga general total.

Los principales dirigentes cenetistas fueron detenidos y la huelga general remitió, los centros obreros fueron cerrados de nuevo y Antonio Maura volvió al gobierno, pero fue derrotado en las elecciones parlamentarias. El gobierno datista de Sánchez Toca consiguió un difícil acuerdo. Sin embargo, en noviembre de 1919, la Federación Patronal acordó un *lockout* para destruir la organización sindical, pero rompiendo el incipiente diálogo que había conseguido el gobierno. El resultado fue la radicalización del sindicato que marginó a los moderados en beneficio de una nueva generación de activistas revolucionarios<sup>32</sup>.

Entre tanto, Largo Caballero había ofrecido la fusión de la UGT con la CNT, pero ésta no estaba de acuerdo debido a que la sindical socialista estaba sometida a la corriente evolucionista socialdemócrata que marcaba el PSOE y creía en la acción de los intelectuales en la masa, mientras la CNT como sindicato revolucionario confiaba en las cualidades revolucionarias de las masas populares. Además, para favorecer su sentimiento revolucionario, en 1920, la CNT se adhirió a la III Internacional, mandando a Ángel Pestaña como delegado suyo. Sin embargo, éste volvió defraudado porque los bolcheviques eran revolucionarios, pero creían en la instauración de la dictadura del proletariado después del triunfo de la revolución, algo en lo que no estaba de acuerdo Pestaña. Para colmo, la III Internacional decidió que para salvaguardar el carácter revolucionario de los sindicatos estos debían estar subordinados a los partidos comunistas locales, algo que iba en contra del apoliticismo de la CNT.

Entre tanto, la represión siguió en Cataluña de mano del Conde de Salvatierra como gobernador civil, quien aliado con el gobernador militar Martínez

---

32 Para ver el proceso de bolchevización, en C. FORCADELL, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona: Crítica, 1978. Para los acontecimientos de 1917, en J.A. LACOMBA, *La crisis española de 1917*, Madrid: Ciencia Nueva, 1970. Para una visión detallada de los acontecimientos políticos, en J.L. GARCÍA DELGADO, *La crisis de la restauración. España, entre la Primera Guerra Mundial y la II República*, Madrid: Siglo XXI, 1986.

Anido y la *Lliga* fomentaron la aparición de bandas de pistoleros que actuaban contra los dirigentes sindicales. Mientras, el sindicato se vio abocado a una carrera de atentados, con el aumento de peso específico en la organización de los pistoleros. Para colmo, la aparición del sindicalismo libre de Ramón Sales, como aglutinador del proletariado carlista y católico, provocó sobre él una lluvia de atentados anarquistas que querían evitar la escisión de parte de la masa obrera controlada bajo sus siglas. Pero también el sindicalismo libre se vio amenazado por el empresariado nacionalista, por su defensa de la unidad nacional. Los sindicalistas católicos sobrevivieron gracias a hacerse más temidos que los propios anarquistas<sup>33</sup>.

En enero de 1920, los anarquistas intentaron un levantamiento armado en un cuartel de artillería de Zaragoza, que acabó en fracaso y con el fusilamiento de seis de los conspiradores. La UGT volvió a hacer su oferta de unión a la CNT, pero la sindical socialista había firmado su adhesión a la II Internacional. A pesar de todo, el 3 de septiembre, las dos centrales decidieron llegaron a un acuerdo de cooperación contra la burguesía y el gobierno.

El ascenso de Dato al gobierno pareció cambiar la situación a través de su programa de legislación laboral y social, pero ante la prosecución de los atentados anarquistas que querían evitar el desmoronamiento de su sindicato en favor de los Libres, Dato decidió pasar a la mano dura nombrando a Martínez Anido gobernador civil de Barcelona. Su respuesta no tardó en llegar, 64 dirigentes cenetistas fueron apresados, y los sindicatos pasaron a clandestinidad perdiendo las cuotas de sus afiliados y algunos detenidos murieron al aplicárseles la ley de fugas. Los pistoleros anarquistas respondieron asesinando policías, patronos y sindicalistas católicos, pero, estos a su vez respondieron asesinando a Layret, abogado procenetista, que era republicano y catalanista.

Los anarquistas respondieron con el asesinato del presidente de gobierno Eduardo Dato y la proclamación de la huelga general por la muerte de Layret, pero ante la cercanía de las elecciones, los socialistas se abstuvieron de apoyarla, ya que iban a concurrir a ellas sin el apoyo republicano. Esta acción rompió la cooperación con la CNT, que acusó a los socialistas de traidores a la causa de la revolución. Con la dimisión de Martínez Anido se creyó que se facilitaría la paz, pero no fue así. La clandestinidad, la pérdida de los dirigentes sindicales y la oposición al terrorismo de muchos trabajadores, inició el declive de la CNT.

En septiembre de 1922, el Comité Nacional de Barcelona se trasladó a Zaragoza, donde los más extremistas tenían su feudo. Sin embargo, estos no pudieron optar al control del sindicato hasta que los Libres, en represalia por sus asesinados, mataron a Salvador Seguí en 1923, uno de los principales diri-

---

33 Colin M. WINSTON, *La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936*, Madrid: Cátedra, 1989.

gentes de la organización y único obstáculo que se oponía a la toma del poder por los radicales. Estos eran los hermanos Ascaso, García Oliver y Durruti, quienes a su vez lo vengaron, asesinando al arzobispo de Zaragoza, el cardenal Soldevila. El recrudecimiento de la tensión social hizo que la burguesía catalana apoyase al Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera en su pronunciamiento.

Entre tanto, los socialistas se enfrentaron a la división a cuenta de su adhesión o no a la *komitern*. Antes del congreso extraordinario el partido se quedó sin las juventudes que pasaron a formar el Partido Comunista Español. En abril de 1921, los socialistas se hubieran orientado hacia el comunismo, pero la oposición de Pablo Iglesias, partidario de un compromiso entre las dos Internacionales, consiguió el rechazo de la adhesión a la III Internacional. La minoría tercerista derrotada formó el Partido Comunista Obrero Español, que poco después se unió al Partido Comunista Español y formaron el Partido Comunista de España

Los comunistas, como los socialistas, conquistaron a un amplio espacio social, con la oposición a la guerra de Marruecos. En abril de 1922, las juventudes socialistas pidieron el fin de la guerra, la reducción del servicio militar a un año, mejores condiciones higiénicas en los cuarteles, reducción del ejército a la mitad y cierre de las academias militares. Esto vino porque el general Berenguer consiguió controlar la parte occidental del protectorado, y el general Silvestre quiso emularle en la capitania de Melilla. Sin embargo, después de instalar algunos fortines, el ataque sorpresivo de Abd-el Krim provocó la retirada que se convirtió en el desastre de Annual, con la muerte de miles de soldados<sup>34</sup>.

La derrota de Annual fue una de las más catastróficas de la época colonial, no superada ni por la derrota italiana de Adua en 1896 (4.500 muertos). Esta catástrofe tuvo una gran trascendencia y reforzó a la izquierda obrera por su posición abandonista de Marruecos. Socialistas, comunistas, republicanos y anarcosindicalistas se unieron en pedir responsabilidades políticas y castigar a los responsables del desastre. En cambio, los conservadores y el rey querían minimizar las culpabilidades. La sangría de Marruecos sería uno de los puntos esenciales del programa de Primo de Rivera. Ante la dictadura, el socialismo aprovechó la ocasión para colaborar con el régimen, mientras que los anarquistas desorganizados y derrotados por tantos años de lucha contra las autoridades pasaron a la clandestinidad. En cambio, los Libres no se vieron favorecidos por el nuevo régimen como podía a primera vista haberse previsto, por ser los socialistas los elegidos para articular el apoyo del mundo del trabajo a la dictadura<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> Sobre nuestra presencia en África, en V. MORALES LEZCANO, *España y el norte de África: el protectorado de Marruecos 1912-1956*, Madrid: UNED, 1986.

<sup>35</sup> Para una visión detallada del colaboracionismo socialista con la dictadura militar, en J. ANDRÉS GALLEGO, *El socialismo durante la dictadura, 1923-1930*, Madrid: Tebas, 1977.

## CLARINES DEL PASADO. LA NUEVA DERECHA ESPAÑOLA

La Primera Guerra Mundial también causó profundos cambios en el ámbito de la derecha. Los ecos de la revolución rusa y las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos plantearon la unión de las diferentes derechas en torno a puntos comunes, como la unidad nacional y un programa novedoso que revitalizase la sociedad a través del catolicismo social. Pero la derecha española estaba dividida en distintos partidos y el carlismo era una fuerza social y militante concentrada en algunas regiones, pero marginada por la defensa de los derechos de la rama legítima de los Borbones. Para aunar esfuerzos, se debían concentrar todos los grupos católicos en una acción común.

Uno de los cambios más apreciables del nuevo siglo fue el cambio apreciado en el carlismo. Hasta entonces, los seguidores de Carlos VII, derrotados en la última conflagración civil, habían buscado una ocasión de debilidad del sistema para dar un golpe de fuerza, sin embargo, una conquista violenta del poder se hacía ya imposible. Desde finales del siglo XIX, el Papa a través de la encíclica *Cum multa* había expresado su opinión favorable a la unión de los católicos para conseguir logros políticos dentro del sistema. Pero en España esto significaba el abandono de los carlistas de la fidelidad a la dinastía proscrita.

La operación de la Unión Católica, que patrocinaron los hermanos Pidal, fue infructuosa en su función de arrebatar la base social al carlismo. Finalmente, los católicos moderados que aceptaron las directrices de la Unión Católica se integraron en el Partido Conservador de Cánovas del Castillo. El carlismo se vio en la necesidad de metamorfosearse en una organización política para poder eludir con eficacia la acción de una organización rival.

El delegado regio, marqués de Cerralbo, fue el encargado de transformar la Comunión Tradicionalista en una estructura política. El carlismo de manos del aristócrata transformó su organización militar en un movimiento político mediante la aparición de juntas locales, provinciales y regionales. Sin embargo, el nuevo carlismo necesitaba un ideólogo que sintetizase un programa político creíble para retener a sus seguidores. El marqués de Cerralbo encontró en el periodista asturiano Juan Vázquez de Mella el hombre idóneo para esa labor. Una de sus primeras labores fue ayudar a redactar el “Acta de Loredán”, que fue el programa que puso la estructura ideológica del nuevo carlismo. Los principios del catolicismo, la descentralización regionalista basada en el antiguo foralismo y la adopción del catolicismo social de las enseñanzas de León XIII como solución de la cuestión social, fueron los ejes principales con los que se tejió el nuevo programa ideológico.

Sin embargo, el carlismo ultramontano aún latía dentro de la nueva estructura, aunque la organización había procurado hacerse con una nueva generación de jóvenes intelectuales preparados en la Universidad jesuita de Deusto,

como los futuros dirigentes políticos de la Comución. En 1900, algunas partidas carlistas se sublevaron en Cataluña provocando el exilio del marqués de Cerralbo y de Vázquez de Mella. El movimiento armado había sido desautorizado por el propio Carlos VII.

Víctor Pradera, Julio Urquijo, Marcelino Oreja y Esteban Bilbao fueron los representantes de ese nuevo carlismo pacífico, que utilizó el parlamento como instrumento para destruirlo desde dentro y no como un nuevo apoyo al sistema. El carlismo, aunque cambió su forma de enfrentarse al sistema restauracionista, no dejó de estar marginado en él. Sin embargo, el carlismo era el único movimiento popular de derechas y se buscaba un modo de integrarlo reforzando el polo conservador del sistema dinástico.

Las polémicas en torno a la teoría del mal menor trajeron la división entre los católicos. Favorables a esta medida se encontraban los antiguos pidalinos (Unión Católica) y los jesuitas de la revista *Razón y Fe*. Pero los integristas y los carlistas rebatieron estas opiniones en la certeza de que el mal nunca podía ser una opción elegible para un católico, aunque aparentemente se pudiese ver un perjuicio menor que otro. Además, los carlistas demostraron su fuerza con concentraciones como la de Zumárraga en 1907, que reunió a 25 mil personas. En Cataluña, la reunión de la amplia representación de Solidaridad Catalana proporcionó a los tradicionalistas numerosos diputados. En el campo ideológico, Vázquez de Mella se esforzó en transmitir la idea corporativa como un sistema alternativo al canovista. La monarquía no debía ser constitucional, sino la tradicional siguiendo el camino que había emprendido el catedrático Enrique Gil Robles. Los carlistas creyeron que la solución de España no estaba, como creía Joaquín Costa, en su europeización o en la adopción de un sistema mimético al extranjero, como pretendieron Canalejas y más tarde Azaña. Gil Robles, Vázquez de Mella y Pradera mantuvieron la postura de que España se regeneraría volviendo a adoptar el sistema tradicional que la había hecho grande en el pasado.

De este modo, la nueva monarquía tradicional que debía instaurar Don Jaime, desde la muerte de su padre Carlos VII en 1909, debía establecer un régimen corporativo basado en las asociaciones naturales que se interponían entre el Estado y el individuo, como la familia, el municipio y la región, y en los diferentes brazos económicos de la producción. Este sistema se creía representaba de forma más real a la sociedad que los partidos políticos dinásticos, que en aquel entonces representaban mayorías artificiales mediante la compra del voto y la manipulación electoral.

La asunción del mensaje de la encíclica *Rerum Novarum* en la cuestión social, la ampliación del régimen foral a toda España y la defensa de los derechos de la Iglesia fueron los principales caballos de batalla del carlismo. Con el primero, el carlismo fue la única fuerza política de derecha que vio como de su

seno surgieron activistas sindicales como Ramón Sales, el fundador del sindicato Libre de Cataluña. Con el segundo, pretendieron evitar que los nacientes nacionalismos vasco y catalán se adueñasen de su clientela electoral. Vázquez de Mella y Pradera vieron en la ampliación de la foralidad a toda España la panacea para conciliar la unión nacional con las reivindicaciones de descentralización de las regiones históricas periféricas. Con el tercero, se intentó capitalizar la activación de las masas neutras católicas por las leyes anticlericales de los gobiernos liberales, como ya lo habían hecho en 1868. Sin embargo, esta vez pudieron darse cuenta de que el tradicionalismo jaimista, a pesar de sus intentos de renovación sin alterar el producto, era insuficiente para abarcar a toda la opinión católica española<sup>36</sup>.

El inicio de la Gran Guerra causó un profundo cambio en el jaimismo. Su pretendiente Jaime III quedó aislado de la Comunión Tradicionalista durante toda la conflagración en zona austríaca. En ese tiempo, en España, el marqués de Cerralbo y Vázquez de Mella encabezaron el movimiento y lo orientaron a posiciones germanófilas, aunque algunos famosos tradicionalistas como el literato Valle Inclán lo hicieron por el bando contrario. Sin embargo, el rey carlista era francófilo y había recomendado la neutralidad. Vázquez de Mella y los suyos sostuvieron la neutralidad también, pero no sin expresar toda su confianza en la victoria de los Imperios Centrales. Este matiz diferenciador llevó a un enfrentamiento entre Don Jaime y el orador asturiano que acabó en una nueva escisión. En 1919, los mellistas formaron su propio partido tradicionalista, que al no estar supeditado a la dinastía carlista ofrecía la posibilidad de integrar a parte del tradicionalismo excluido del sistema dentro de él. El resto del jaimismo prosiguió muy deteriorado y desorganizado en la marginalidad.

Quienes harían de argamasa para esa unión de las diferentes derechas fueron los católicos sociales. A principios de siglo, ya habían llegado a España las teorías de Ketteler, Vogelsang, Mun y La Tour du Pin de un corporativismo gremial que volviese a conciliar el interés productor sobre la división de clases. La cooperación y el respeto entre patronos y trabajadores debían ser los principios para construir la nueva sociedad católica del mundo moderno. Esta dialéctica se enfrentaba tanto a las teorías individualistas liberales como a las estatalistas del marxismo.

Con respecto a los liberales, los católicos concebían un papel activo del sindicato con libre adhesión de los trabajadores y regido únicamente por fines profesionales, en el que el Estado tendría una labor de tutela. Pero el libe-

---

36 Para una visión clásica del carlismo, en R. OYARZUN, *Historia del carlismo*, Madrid: Ed. Nacional, 1939. Para una visión más reciente y académica del movimiento legitimista, en J. NADAL, *Banderas blancas, boinas rojas*, Madrid: Marcial Pons, 2006. Para una visión del pensamiento del principal intelectual del pensamiento carlista, en J.L. ORELLA, *Victor Pradera. Un católico en la vida pública de principios de siglo*, Madrid: BAC, 2000.

ralismo interpretaba que un sindicato amenazaba la relación individual del trabajador con el empresario y propugnaba una posición abstencionista del Estado. Los activistas obreros, tanto socialistas como anarquistas, concebían al sindicato como instrumento revolucionario para conseguir un cambio político, y la pertenencia a él debía ser obligatoria para todos los trabajadores. La función del Estado sería nula para los anarquistas, partidarios de su abolición, mientras que los de formación marxista le dieron un carácter totalitario por su fundamentación filosófica hegeliana.

Pero para que esto fuese efectivo, los católicos debían intervenir en política organizándose en movimientos que defendiesen estos principios. Aceptando el mal menor podían lograr pequeños éxitos. Para ello era fundamental la aceptación del “accidentalismo” por los católicos. Estos debían ser fieles y obedientes a las autoridades de sus respectivos países, para poder optar de forma legal a controlar el poder y tomar desde allí las medidas necesarias.

Sin embargo, en España esto planteaba un problema grave por la pluralidad política del campo católico. La Unión Católica de Pidal y los intentos del cardenal Cascajares en sucesivos congresos católicos no pudieron quebrantar la obediencia de los carlistas a la dinastía, lo cual les hacía permanecer fuera del sistema. Las formaciones católicas escualidas sin esta aportación se convirtieron en marionetas de los conservadores.

En 1909, apareció de manos del jesuita Ayala la Asociación Católica Nacional de Propagandistas con jóvenes estudiantes de los luses, a los cuales formó para ser la élite intelectual católica. Una de las labores más importantes será la llevada a cabo por Ángel Herrera Oria, quien fundó el periódico *El Debate*, que fue el portavoz y propagador de todas las nuevas tendencias del catolicismo social. *El Debate* propugnó la unión de los católicos en una formación nueva política a semejanza de las que funcionaban en otros países. Pero las actividades no empezaron a dar resultados positivos hasta 1919.

En el campo del trabajo, las actividades se habían desarrollado desde finales del siglo XIX con los Círculos Católicos del P. Vicent, pero para principios del siglo XX estos habían fracasado por haberse centrado exclusivamente en el plano religioso, educativo, de mutualidad y ocio, abandonando la actividad sindical. Los Círculos Católicos, con cada vez más influencia de los hombres del marqués de Comillas, le dieron un carácter demasiado amarillista.

La segunda década del siglo XX será más positiva en la labor sindical. Entre 1916 y 1919 los padres dominicos Gerard y Gafó trabajaron por un sindicalismo puro, formado por obreros, sin intromisiones de los patronos como en los fundados por el P. Vicent. Los sindicatos debían tener como única finalidad la profesional y para pedir sus derechos podían utilizar la huelga y el boicot, aunque no el sabotaje. Para poder atraer a los obreros que habían perdido su religiosidad católica optaron por la no confesionalidad de los sindicatos. Estos

sindicatos llamados Sindicatos Libres Católicos se desarrollaron por el norte de España, especialmente en Bilbao.

En las cuencas mineras de Asturias será el P. Arboleya quien lleve la misión de crear los sindicatos independientes mineros, que en su momento tuvieron más importancia que el vinculado a la UGT. Sin embargo, sus reivindicaciones profesionales le llevaron al enfrentamiento con la patronal, por su carácter reivindicativo, y con los socialistas, por su carácter católico. Finalmente, ambos consiguieron el declinar de la labor del P. Arboleya, que fue el más aperturista de los fundadores sindicales<sup>37</sup>.

En cuanto a los sindicatos puramente confesionales, tuvieron sus antecedentes en la Acción Social Popular del P. Palau, que tuvo que disolverse en 1919. En este mismo año se agruparon los sindicatos católicos en una confederación nacional. La mayor parte fueron sindicatos confesionales fundados bajo la orientación de los jesuitas y con el apoyo del marqués de Comillas. La Confederación Nacional de Sindicatos Católicos tuvo en su programación ideológica unas intenciones muy parecidas a las de los sindicatos Católicos Libres, pero sus divergencias para una unión vinieron por la introducción en la organización de la primera de antiguos “comillistas”, que tenían un carácter más paternalista al estar bajo la protección del naviero marqués de Comillas.

Por último, los únicos sindicatos que fueron fundados por obreros católicos fueron los Libres de Cataluña. Ramón Sales con los trabajadores agrupados en el jaimismo fundó los Sindicatos Libres con un sentido puramente obrero, no confesional, de reivindicación profesional y sin ninguna vinculación política, a pesar del origen de sus primeros socios. Su fundación fue muy importante porque rompió el monopolio sindical ejercido por el sindicato único de la CNT. Este hecho obligó a los radicales del anarquismo a atacar a los libres por dividir el frente proletario y por considerar traidores a todos los que no perteneciesen a su sindicato, al creer en la obligatoriedad de ese derecho. Por el contrario, Ramón Sales siempre creyó en la libre sindicación de los trabajadores y en eliminar toda finalidad política en sus reivindicaciones. En 1923, los Libres de Ramón Sales y los Católicos Libres del P. Gafo se unieron formando la Confederación Nacional de Sindicatos Libres, quienes se reforzaron con la represión ejercida sobre la CNT y curiosamente se vieron beneficiados con la incorporación de muchos de sus elementos por su antisocialismo<sup>38</sup>.

El tercer componente de la derecha fue el liberalismo conservador que desde el asesinato de Cánovas del Castillo buscaba un nuevo líder con carisma. El gobierno de 1903 revalidó la jefatura conservadora en un tráfuga del fusionismo, que se había refugiado en el conservadurismo de Silvela siguiendo

37 D. BENAVIDES, *Maximiliano Arboleya. Un luchador social entre las dos Españas*, Madrid: BAC, 2003.

38 J.M. CUENCA TORIBIO, *Sindicatos y partidos católicos españoles*, Madrid: Unión Editorial, 2001.

a Gamazo, era Antonio Maura. Éste, en su primer mandato, no realizó una política clerical, pero en su intransigencia hacia las reivindicaciones de la izquierda consiguió unir bajo su liderato a conservadores y antiguos pidalianos. El mallorquín quiso con su política unir a la derecha española integrando a la opinión católica dentro del marco constitucional.

En su segundo mandato, Maura intentó llevar una política de regeneración nacional desde arriba, pero su gobierno se vio frustrado cuando estalló la Semana Trágica en contra de su orden de refuerzo de tropas a Melilla. La revuelta con la ejecución de Ferrer Guardia, tuvo una gran repercusión internacional, y forzó al rey a destituirle para llamar a un nuevo presidente. Sin embargo, Maura siempre consideró su gesto como un abandono a su figura, cuando había hecho pagar al responsable moral por los acontecimientos de Barcelona, y éste era más responsable que los culpables materiales incentivados por sus enseñanzas.

Después del asesinato de Canalejas, Maura pensó que el gobierno Romanones sería una transición temporal hasta la instauración de un gobierno conservador liderado por el propio mallorquín. Pero se equivocó, Alfonso XIII decidió revalidar su confianza en el heredero del liberalismo, el conde de Romanones, rompiendo el turno de partidos dinásticos que se había efectuado desde el pacto del Pardo. Maura no aguantó y sus críticas fueron contra la postura del rey por la decisión tomada. El resultado fue enajenarse la amistad de Alfonso XIII para posteriores gobiernos.

Cuando el rey llamó a un nuevo gobierno conservador lo hizo en la persona de Eduardo Dato, eludiendo a Maura. Éste aparentemente aguantó el reproche real, pero sus incondicionales decidieron en 1913 levantar la bandera de la rebeldía. Los principales fueron Ángel Ossorio y Gallardo, jefe del aparato conservador en Aragón y Gabriel Maura, hijo del estadista mallorquín. Estos consiguieron el apoyo de las juventudes conservadoras y del aparato en algunas provincias.

El “maurismo”, como se llamó el nuevo movimiento, elaboró su propio programa político en torno a la defensa del catolicismo, la monarquía de Alfonso XIII, la democracia, la legislación liberal, la legislación protectora del obrero, el reconocimiento de autonomía de las entidades históricas, el reforzamiento del ejército y la marina, y el nacionalismo español<sup>39</sup>. A pesar de todo, el principal argumento de enganche fue el culto a la persona de Antonio Maura. Su figura fue vista como el político idóneo para aglutinar al elemento católico y derechista del panorama político español.

El 4 de julio de 1914, Gabriel Maura en un mitin en Córdoba invitó a los seguidores de Vázquez de Mella para formalizar un entendimiento. La pro-

---

39 J. TUSELL, *La derecha española contemporánea*, Madrid: UNED, 1986, p. 52. Para una visión más detallada del político mallorquín, en C. ROBLES, *Antonio Maura, un político liberal*, Madrid: CSIC, 1995.

puesta fue rechazada por el orador asturiano, aunque jaimistas y mauristas colaboraron en diferentes elecciones. Sin embargo, la unión que los católicos sociales apoyaban desde las páginas de *El Debate*, la convergencia del verbo tradicionalista, Vázquez de Mella, con la capacidad de liderazgo de Maura fue imposible. El líder tradicionalista era enemigo del sistema constitucional y propugnó un régimen alternativo al liberal, mientras que el conservador nunca pensó en abandonar las formas democráticas.

Pero, 1918 iba a cambiar las cosas a favor de la aparición de una nueva derecha católica. Los acontecimientos revolucionarios de Rusia, Hungría y Alemania, y el éxito electoral del nacionalismo vasco en las elecciones al parlamento nacional acercaron las posiciones de las diferentes derechas. En el País Vasco, los mauristas defendieron las posiciones españolistas para evitar que esta bandera fuese a manos de radicales como en Cataluña. En esta región, el españolismo estuvo en manos de la Unión Monárquica Nacional, que eran conservadores y profundamente centralistas.

La defensa del nacionalismo español acercó posiciones entre el tradicionalismo mellista y el maurismo, aunque produjo críticas contra la dirección nacional del maurismo, que pretendía establecer alianzas con los nacionalistas catalanes e incluso con los vascos. Sin embargo, Maura había perdido la confianza del monarca, y la oportunidad de poder realizar su política regenerativa. En concreto, el gobierno de 1918 fracasó por incluir a notables que se preocuparon de sus políticas particulares y no de realizar una labor en equipo. En el de 1919 Maura no pudo reunir al conglomerado de derechas, porque la alianza con los regionalistas de Cambó le enajenó el de la Unión Monárquica Nacional, y la de los mellistas, la del sector más liberal de los conservadores.

Al final, fue un gobierno de concentración maurista con una mayoría conseguida como en los peores tiempos del caciquismo de Romero Robledo. Para 1921, el maurismo había perdido la vitola de movimiento regeneracionista que le había precedido en la sociedad. Maura era ya más un símbolo del pasado que un estadista que encendiese una iniciativa de futuro.

Pero en el movimiento maurista se empezaron a concretar dos tendencias diferenciadas. Una nacionalista y ultraconservadora que se fue deslizándose hacia comportamientos autoritarios y a ver factible la implantación de una dictadura para solucionar la decadencia española, que estaba liderada por Antonio Goicoechea. La otra era socialcatólica y corporativa, encabezada por Ángel Ossorio y Gallardo, que pretendía formar en España un partido semejante al Partido Popular Italiano y al *Zentrum* alemán.

Los católicos sociales de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y de *El Debate* patrocinaron conferencias en las que procuraron aunar a los mauristas socialcatólicos con los miembros del grupo “democristiano” fundado en 1919 por antiguos tradicionalistas, como Severino Aznar y Salvador Min-

guijón, y con los tradicionalistas mellistas y simistas. El nuevo movimiento fue el Partido Social Popular, que consiguió agrupar a parte del maurismo, pero sin Antonio Maura que se encontraba casi apartado de la política activa, aunque no desautorizó las actividades de Ossorio y Gallardo, y a tradicionalistas mellistas, pero sin Juan Vázquez de Mella. El asturiano fue partidario de una coalición de extrema derecha tradicionalista que agrupase a jaimistas, integristas y mellistas por su visión común de la sociedad en torno a un programa antidemocrático y corporativista. La derrota de su opción le apartó de la política y Víctor Pradera integró a sus partidarios en el PSP.

La incorporación de los mellistas de Pradera se sumó a la de los tradicionalistas Minguijón y Aznar, y se sumó a la de los jaimistas valencianos seguidores de Manuel Simó y Luis Lucia que prestaron oídos a los mensajes de unión de todos los católicos. La aportación tradicionalista fue importante porque significó la salida de la marginalidad de parte del carlismo formando parte de la derecha, y la influencia ideológica en la nueva derecha española, referente a la visión de una España descentralizada y a una mayor radicalización de su mensaje político.

El PSP de 1922, recibió las bendiciones de la Iglesia, como los buques modernos al ser botados. El nuevo movimiento parecía que iba a conseguir renovar con un mensaje moderno del catolicismo social la conversión del elemento conservador dinástico. El PSP y el PSOE parecieron en su momento las fuerzas que deberían haber sustituido a los partidos gastados del sistema canovista, proporcionando la integración de las masas obreras y medias dentro del marco constitucional de 1876. Sin embargo, ya era tarde para rescatar el sistema y la implantación de la dictadura primorriverista cortó de raíz el desarrollo de un movimiento cuando estaba en su génesis.

Además, el PSP no fue un movimiento homogéneo, a pesar de elaborar un programa progresista en lo social y en la visión nacional de España. Pero en su interior contrastaban la visión liberal de Ossorio y Gallardo, quien siguiendo a su maestro Antonio Maura pretendió la instauración de un partido moderno católico que sirviese de soporte al sistema como ocurrió en Italia y en Alemania. Pero en el PSP había otro sector mayoritario que defendía una opción corporativista y orgánica que planteaba el derrumbe del sistema liberal y la erección de un régimen conforme a las enseñanzas de la Iglesia. Cuando Primo de Rivera subió al poder, estos dos sectores respondieron de forma diferente. La liberal de Ossorio y Gallardo se escindió del partido y se sumó a la oposición al régimen, la corporativista de Pradera colaboró desde el principio con el directorio militar y con los deseos de aprovechar el cambio político para instaurar un sistema afín a las ideas por las que tanto habían luchado<sup>40</sup>.

---

40 O. ALZAGA, *La primera democracia cristiana en España*, Barcelona: Ariel, 1973.